

por aquella abertura debía introducirse como mejor pudiera. El caballero vaciló en obedecerle pareciéndole indecoroso aquel modo de entrar en tan respetable sitio; pero la sortija de rubíes acallaba la voz de sus escrúpulos. Puesto que su dama le distinguía así, solo le tocaba á él callar y someterse.

Encorvóse, pues, cuanto se lo permitía la armadura, y oyó al enano que desde afuera le decía: «No te muevas de ahí hasta que yo te llame.»

CAPITULO VI.

Entró sir Kenneth del modo que hemos referido, y se halló envuelto en profunda oscuridad. Algunos minutos estuvo sin oír rumor alguno; minutos que le parecieron siglos, considerando el riesgo en que dejaba el símbolo del honor de Inglaterra, y

empezando ya, aunque tarde, á sentir amargos remordimientos. Pero retroceder sin ver á la que le llamaba hubiera sido perder la única recompensa que por su ciega temeridad se prometia. Habia faltado á una obligacion de las mas sagradas que pueden imponerse á un caballero: y algun galardón merecia tan peligrosa infraccion de las leyes severas de la caballería. Su situacion entre tanto era sobradamente penosa. Ignoraba á quien pertenecia la pieza en que Nectabano le habia introducido; pero sabia que Edit no se separaba de la reina, y era de temer que esta princesa llegase á descubrirle, y tuviese á desacato aquella éntrada furtiva en su residencia. Mientras se entregaba á estos sobresaltos, y casi formaba ya el designio de retirarse de tan fatal coyuntura, aun abandonando las lisonjeras esperanzas que habia concebido, oyó, en el vecino aposento, murmullos, y risas, y conversacion de mugeres, de las cuales, segun podia conjeturar, solo un lienzo le separaba. Distinguió al mismo tiempo las lámparas que iluminaban

el sitio en que se oia el rumor, y la sombra de algunas personas que se hallaban en él y cuyos movimientos le descubria aquella trasparente division. No era por cierto cortesía en un caballero dar oídos á lo que hablaban aquellas damas desconocidas; mas no podia evitarlo sin exponerse á nuevos y mayores inconvenientes.

— Llamadla, llamadla pronto; por la vírgen que la llameis, dijo una de aquellas voces. Nectabano, bien puedes ir de embajador á la corte del preste Juan, puesto que tan hábil negociador te has mostrado en la ocasion presente.

El desacordado metal de Nectabano llegó entonces á oídos del caballero; mas habló en tono tan bajo, que le fué imposible entender una sola de las palabras que decia.

— ¿Y cómo saldremos, dijo la misma voz que habia hablado al principio, del embarazo en que nos ha puesto Nectabano?

— Lo mejor seria, si vuestra magestad no lo lleva á mal, respondió otra voz, que el sabio y augusto Nectabano, en caso de no

tener zelos de su bella y noble consorte, le diese el encargo de despedir, como mejor lo entendiese, á ese caballero errante, que tan felices se las ha prometido, y tan digno se cree de los favores nocturnos de las damas.

— Justo fuera, dijo otra de ellas, que la princesa Ginebra hiciese la mitad de la obra, y enseñase la salida al huésped á quien su marido ha dado entrada.

Cubierto de vergüenza y confusion al escuchar estas razones, sir Kenneth iba á levantar el lienzo para escaparse, cuando le detuvo el nombre de Edit, pronunciado por la voz de la que habia empezado á hablar.

— Edit, dijo, se desengañará por sus propios ojos, y verá cuan bien cumple los deberes de soldado el tal Escoces. Bien merecida tiene esta leccion, y ten por cierto, Calista, que el lugar que ese hombre ocupa en su corazon no se ha ocultado á mis ojos, y que piensa en él, mas de lo que á su sangre y elevacion corresponde.

Otra interlocutora pronunció entonces

algunas palabras acerca de la prudencia de Edit.

— ¡ Prudencia ! dijo la que habia acabado de hablar : no la llames prudencia ; llámala orgullo , y deseo de parecer mejor que las otras . Por esta vez han salido erradas sus cuentas . Ya sabeis vosotras que nadie sabe distinguir las faltas ajenas con tanta perspicacia como Edit ; mas ella viene : silencio .

El caballero vió entrar otra sombra, que muy en breve se confundió en el grupo que las demas formaban. A pesar del amargo despecho que le roia el corazon ; á pesar de la ignominiosa situacion en que le habia puesto la malicia ó la imprudencia de Berenguela (porque ya no podia dudar que era esta princesa la que con tanta autoridad hablaba á las otras), se sintió aliviado de un gran peso al saber que la hermosa Edit no habia tomado parte en aquella pérvida asechanza. Acrecentóse su curiosidad con la venida de la que ocupaba sus pensamientos, y lejos de dar un paso para retirarse, buscó en el lienzo alguna rendija ó abertura, que

le descubriese el objeto de sus adoraciones.

— La reina, decia á sus solas, que ha querido holgarse con mi fama, y que me ha hecho juguete de sus caprichos, exponiendo por mero pasatiempo mi honor y mi vida, no podrá llevar á mal que me aproveche de la ocasion que ella misma me ofrece, para averiguar á dónde van á parar sus intentos.

Parecióle al mismo tiempo á sir Kenneth que Edit aguardaba que la reina le dirigiese la palabra, y que las otras damas no osaban romper el silencio, antes bien se esforzaban en comprimir la risa.

— Vuestra magestad, dijo Edit, está, segun parece, de humor de reir, sin embargo que la hora es mas de dormir que de solazarse. Cuando recibí su mandato de venir á este sitio, ya iba á recogerme.

— No te detendré mucho tiempo, dijo la reina, una vez que tanto deseas el reposo; mas presumo que no dormirás muy tranquila, cuando sepas que te he ganado la apuesta.

— Señora, dijo Edit, pareceme que todo

esto pasa ya de los límites de chanza. Con vuestra venia repito que no he hecho apuesta alguna, no obstante que vuestra magestad insiste y se asegura en lo contrario.

— Y á mí me parece, dijo la reina, que nuestra romería no te ha servido de mucho, y que Satanas te persigue, y te ha puesto en este mal paso. ¿Negarás que has apostado tu sortija de rubíes contra mi brazalete de oro, á que ese caballero del Leopardo, ó rubio, ó como se llama, no abandonaria su puesto, aunque para ello recibiese expresa orden de su dama?

— No cometeré el desacato de desmentir á una reina de Inglaterra, dijo Edit, pero estas damas han sido testigos de todo lo que ha pasado. Vuestra magestad fué quien quiso apostar, y quien me tomó el anillo del dedo, sin embargo de que yo decia y repetia no ser conveniente á una doncella noble disputar en tal asunto.

— No podréis negar á lo menos, lady Edit, dijo otra voz, que os mostrásteis muy confiada en el valor del caballero del Leo-

pardo, y muy segura de que no abandonaría un solo instante la bandera de Inglaterra.

— Y dado caso que esos fueran mis sentimientos, preguntó enojada Edit, ¿bastará para que, por adular á la reina, me echeis en cara la falta que no he cometido? Hablé de ese caballero, como han hablado de él todos los que le han visto con las armas en la mano, y no tengo mas interes en defenderle, que vos podeis tener en vituperarle. ¿Qué entienden las mugeres de valor, ni de hazañas?

— La noble doncella Edit, dijo otra dama, no podrá jamas perdonarnos á Calista y á mí, el haber notado ciertos pimpollos de rosa que de sus blancas manos se escaparon en la capilla de Engaddi.

— Si vuestra magestad, dijo Edit, manifestando en el tono de su voz que solo podian comprimir su indignacion los respetos de la reina: si vuestra magestad no tiene otra cosa que mandarme, deme su permiso de recogerme.

— Silencio Florisa, dijo la reina, y no os tomeis la libertad, en mi presencia, de olvidar la distancia que media entre vos, y una parienta de mi real esposo. Y tú, querida prima, ¿ posible es que tan malhumorada te muestres por una chanza, y que no sobrellevés que nos riamos un poco, despues de haber pasado tantos dias en las cuatro paredes de un convento de monjas?

— Diviértase vuestra magestad cuanto guste, dijo Edit, mas antes consentiria yo en sollozar durante todo el curso de mi vida, que reirme por...

Detúvola sin duda el respeto: mas sir Kenneth pudo distinguir la pena que la agitaba.

— Perdóname, prima, dijo Berenguela, que en medio de ser algun tanto viva y atolondrada, poseia un corazon bondadoso y sencillo; pero ten á bien considerar que el negocio no merece que te ofusques. Me rio de la seriedad con que tomabas á pechos la defensa del Escoces, y de saber que á la hora esta se halla lejos del sitio en que debia

haber pasado la noche. Es verdad que no fué tan fácil reducirle á faltar á su obligacion : pero Nectabano se lo mandó en tu nombre, y parece que nada menos que esto hubiera podido inducirle á faltar á su deber.

— ¡ Dios de mi vida ! exclamó Edit, lanzando un grito que denotaba su temor y su sorpresa ; vuestra magestad ha comprometido el honor de la esposa de Ricardo, y el de su parienta. Pero no : todo esto es diversion. Vuestra magestad me perdone si he podido creer un solo instante que hablaba de veras.

— Lo que te llega al corazon , dijo Berenguela, y cierto que no puedes disimularlo, es la pérdida del anillo , á que tan aficionada te muestras ; mas no te apesadumbres : yo te le devolveré de buena gana, con tal de que nos permitas envanecernos con el triunfo que hemos ganado , confundiendo esa ponderada sensatez que ostentas como la bandera de un guerrero invencible.

— ¡ Triunfo decis, señora ! dijo Edit indignada : el triunfo será del Sarraceno, y

de todos los enemigos del rey de Inglaterra, cuando sepan que su esposa ha convertido en juguete de sus fantasías á una doncella de la familia real.

— Mal pagadora eres, puesto que tanto te duelen prendas, dijo la reina ; mas yo renuncio á mi ganancia y te devuelvo el anillo que ha servido para derrocar aquel corazon de bronce. Cogido el pez, de nada sirve el anzuelo.

— Señora, dijo Edit, ya sabeis que es vuestro todo cuanto poseo, y que vuestra voluntad es para mí ley suprema : pero antes diera yo un celemin de rubíes, que emplear una alhaja mia y mi nombre en apartar á un hombre de bien del camino del honor, y exponerle al vilipendio y al castigo.

— Venimos á parar, dijo la reina, en que lo que temes es el mal que puede sobrevenir á tu fiel caballero. En poco estimas mi poder si crees que no bastaria á reparar los daños que algun capricho mio pudiera ocasionar. De carne, que no de hierro, es Corazon de Leon, y aunque mis ojos no con-

mueven las piedras, como los tuyos, algo pueden en el ánimo de Ricardo. Anda y no temas : basta que tanto te interese la suerte del Escoces, para que yo reduzca la severidad de mi esposo, si llega á saber que ha desobedecido á sus mandatos.

— Por la santa cruz de Jerusalem, dijo Edit, echándose á los pies de Berenguela, lo cual pudo distinguir sir Kenneth, combatido por un tropel de sentimientos que la pluma no es parte á describir, por la vírgen de la ermita de Engaddi, y por todos los bienaventurados del cielo, ruego á vuestra magestad que mire en lo que se empeña. Poco tiempo hace que sois esposa del rey, y aun no conoceis lo bastante su condicion. Mas fácil os seria contrarestar con un soplo el vendaval en toda su furia, que reducirle con palabras en cosas del servicio de las armas. Despedid, por Dios, á ese caballero si es cierto que se halla en este sitio. Caiga sobre mí la vergüenza de haberle apartado de su deber, con tal de que se restituya inmediatamente adonde este le llama.

— Levántate prima, dijo la reina, y cree que todo acabará en bien. Pésame haberme divertido con un hombre por quien tan afanosamente te interesas. No hagas ese gesto de espanto. Si quieres, creeré que te es de un todo indiferente; todo lo creeré por no verte en esa afliccion y sobrecogimiento. Caso de descubrirse lo que ha pasado, yo me echaré toda la culpa, y me arrojaré á los pies de Ricardo en favor de tu amigo... de tu conocido, quiero decir. No te enojés : Nectabano va corriendo á despacharle, y no tardará mucho en restituirse á su puesto. Supongo que estará escondido en alguna de esas tiendas inmediatas, esperando la hora feliz.

— Vuestra magestad se engaña de medio á medio, dijo Nectabano. Embajadores como yo no dejan los negocios á medio hacer. El caballero del Leopardo está detras de esa cortina que separa este aposento del inmediato.

— ¡ Oyendo todo lo que hemos dicho! exclamó la reina, que de pronto, de alegre

y burlona, se tornó amedrentada é iracunda.
¡ Maldito monstruo !

A esta enérgica imprecacion, Nectabano respondió con un agudo chillido, pues sin duda Berenguela no se contentó con la reconvencion verbal, y le hubo de infligir alguna señal mas positiva y sensible de su indignacion.

— ¿ Qué haremos ? preguntó Berenguela en voz baja, y procurando disfrazar su inquietud.

— Lo que nos toca hacer, respondió Edit; veamos á ese caballero, y sepa de nosotras todo lo que ha pasado.

Diciendo estas palabras, se dirigió al sitio en que sir Kenneth se hallaba, y empezó á descorrer apresuradamente la cortina.

— ¿ Qué haces ? dijo la reina... por Dios... ¡ en mi cuarto !... mi trage... la hora... mi honor.

Mas antes que Berenguela hubiese terminado su plegaria, quedó enteramente descubierta la cortina, y sir Kenneth en presencia de aquellas nobles damas, cuyo trage,

y particularmente el de la reina si correspondia á los rigores de la estacion, no era el que mas convenia para presentarse ante los ojos de un caballero. La reina conoció cuan comprometido estaba su decoro; y dando un grito penetrante, salió de la cámara, en que apareció á cuerpo descubierto el caballero del Leopardo. El dolor y la agitacion que atosigaban los sentimientos de Edit, y la urgente necesidad en que se hallaba de explicarle en breves razones todo cuanto habia ocurrido, no le dieron lugar á reflexionar en nada. Estaba desordenada su cabellera, sirviendo de velo al demudado rostro en que la palidez del sobresalto luchaba con el blando carmin de la modestia; desnuda la pierna, y sin otro calzado el pie que unas chinelas, bordadas al estilo de Oriente; medio cubierta la persona con un corto trage de seda de color de rosa, y no bien recatados los hombros con una ligera banda, que pendia flojamente de ellos.

Mas aunque Edit conoció que este ropage no era el propio de una doncella de su san-

gre á vista de un hombre, sacrificó denodadamente el embarazo correspondiente á su sexo y á su clase, y solo pensó en reparar el daño que con su nombre se habia cometido: asi que, ciñéndose apresuradamente la banda, y dejando de la mano la luz que en ella tenia, á fin de que no fuese tan visible su desaliño, mientras sir Kenneth permanecia inmóvil en el mismo sitio en que se hallaba, cuando se describió la cortina, ella se le acercó decididamente, exclamando:

— Volved al puesto, valiente caballero: os han engañado: nada me preguntéis.

— Nada pregunto, dijo el del Leopardo, hincando una rodilla en tierra, y fijando en ella los ojos, á fin de no aumentar la turbacion de su dama.

— Alzaos, partid, continuó Edit, no os detengais. Cada minuto que pasa puede ser un siglo de deshonra.

— Ya sé que estoy deshonrado, dijo sir Kenneth: de vuestros labios lo he oido. ¿Y qué pueden importarme ahora los castigos mas atroces, y los peligros mas inmi-

nentes? Partiré sin embargo, pues asi lo mandais: mas no será antes de pedir os una gracia. Consígala yo, y dejadme ir á los sables de los infieles, á que laven con mi sangre la mancha que afea mi honor.

— No es necesario, respondió Edit, corred: todo irá bien si no perdeis estos momentos preciosos.

— Para irme, aguardo tan solo vuestro perdon, dijo el Escoces. He faltado á vuestra grandeza en creer que mis pobres servicios serian aceptables á sus ojos. Perdonad esta confiada y temeraria presuncion.

— Os perdono, dijo Edit, aunque no me habeis hecho ofensa. Yo he sido la causa inocente de este fatal engaño. Idos... os perdono... y os aprecio... como á todo valiente cruzado. ¿Porque no estais ya lejos de aquí?

— Recibid antes, noble señora, esta preciosa aunque funesta prenda, dijo sir Kenneth, presentando á la dama el anillo de rubies.

— Guardadle, respondió Edit, con nota-

bles demostraciones de impaciencia. Guárdadle en símbolo de mi... pesadumbre... Idos, idos... si no por vos, por mí á lo menos.

Sir Kenneth se levantó del suelo, y echando una rápida ojeada en la que reinaba en sus afectos, le hizo una humilde inclinacion, y se dirigió á la puerta. No le atormentaba en aquel instante la pérdida del honor, aunque habia oido tan fatal sentencia en boca de la que amaba: las muestras de favor que de ella acababa de recibir llenaban su corazon de consuelo. Al mismo tiempo, la pudorosa timidez que en el pecho de la dama habia cedido á un sentimiento mas urgente y eficaz, recobró de pronto su imperio, y la obligó á retirarse velozmente, dejando á sir Kenneth en la misma oscuridad en que estuvo al principio.

— Preciso es obedecerla, dijo el caballero del Leopardo, saliendo del arrobo en que tan encontrados afectos le ponian, y encaminándose al sitio por donde habia entrado. Desbaratado el hechizo que hasta entonces le habia tenido suspenso, conoció que el

tiempo urgia, y no siéndole posible, sin gran dilacion y molestia, salir por la abertura que le habia indicado el enano, sacó el puñal, y con él se abrió paso al traves de los lienzos del pabellon. Cuando respiró el aire libre, se sintió oprimido por un cúmulo de afectos diferentes, é incapaz de discernir el que mas le dominaba. Tuvo que acordarse de los últimos mandatos de Edit, para apresurar el paso, y llegar cuanto antes al puesto que nunca hubiera debido abandonar. Embarazábanle las cuerdas de las tiendas, y la necesidad de dar el mismo rodeo, por donde el enano le habia conducido, á fin de que no le echasen de ver los alabarderos de la guardia de la reina; y le era ademas necesario moderar el paso, y evitar que le descubriese el ruido de la armadura. El resplandor de la luna se hallaba á la sazón velado por una nube ligera, ocasionando una oscuridad que aumentaba la incertidumbre del aturdido amante, cuando mas ofuscada se hallaba su razon, por aquel cúmulo de inesperados sucesos.

Mas de pronto se despertaron sus adormecidas potencias al percibir hácia el monte de San Jorge, un ladrido espantoso y prolongado, al cual sucedió inmediatamente un profundo quejido, que solo las ansias de la muerte podian arrancar. El tímido ciervo que tantas veces habia descubierto Roswal en las espesuras del bosque no fuera mas pronto á saltar de su retiro, al acercarse tan fiero enemigo, que lo fué sir Kenneth á cubrirse de horroroso espanto, oyendo aquel indicio de la desventura que hubiera debido presagiar. Salvó con la mayor ligereza, y como si no le molestara el peso enorme de la armadura, el espacio que le dividia de la plataforma, y en pocos instantes se halló en su cima.

La luna rompió entonces la nube que la habia ocultado, y sir Kenneth vió que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido; que el asta yacia hecha trozos por el suelo, y que el fiel alano parecia exhalar los últimos alientos.

CAPÍTULO VII.

Pasado el primer espanto que heló la sangre en las venas del caballero del Leopardo, y que le dejó por algunos minutos privado de todo movimiento, el primero que hizo fué buscar por todas partes á los que habian